

Para ella:

Para ella. O para ti, pues supongo que algún día leerás esto ignorando que tú eres ella. Y, si en algún momento acabas por saber que esta carta está dirigida a ti, quisiera hacerte saber la felicidad que provocabas en alguien como yo solamente siendo tú. Hablo de ella, la chica de la parada de bus. Coincidimos cada día al caer la tarde de vuelta a casa. Los dos, como mucha otra gente, esperamos la llegada del bus. Siempre que llego, tú ya estás allí, me quedo unos metros atrás, y espero. Solo tengo ese instante de espera, siempre tan corto, para poder verte. Ese momento de espera me lo paso mirándote. Te miro y en ese momento no existe nadie alrededor, todos desaparecen, solo estás tú. Te miro, y el tiempo se para. Podría el mundo envejecer y el sol dejar de brillar, y tú seguirías ahí, y yo seguiría mirándote como si te volviese a ver por primera vez. Te miro con vergüenza y temor, por si en algún preciso momento tu mirada se cruza con la mía y llegas a ver en mis ojos todo cuanto siento al verte. Pues ojalá te pudieses ver a través de mis ojos, todo sería más fácil, y acabarías entendiéndome cuando pienso que alguien ha puesto ahí un ángel para mí.

Te tengo delante. Te miro. Tú, distraída, en primera línea, esperando llegar a casa cuanto antes, supongo. Miras a un lado, y a otro, no prestas más atención al momento, pues para ti seguramente, carece de más importancia. De vez en cuando, te giras. Durante un segundo tus ojos se posan sobre mí. Y, es justo en ese segundo cuando puedo verte el rostro por completo. Jamás te habrás percatado, pero justo ahí se me

dibuja en la cara una tímida sonrisa de felicidad. Cuando veo tu cabello rubio balancearse en el aire, y tus ojos, azules como dos océanos en un día soleado, me miran. En ese corto espacio de tiempo todos mis problemas se desvanecen, y el mundo es un lugar menos horrible. Durante ese efímero segundo la vida es un sueño. Y yo sueño, sueño cada día contigo. Sueño que escucho el melifluido sonido de tu voz, que te acercas a mí y puedo acariciarte, que tus mejillas se sonrojan y dan color a tu pálida piel, como el color del amanecer en una mañana de primavera. Sueño que me sonrías y tu sonrisa delata que nunca fuiste traicionada por Cupido. Sueño que te tengo cerca, me besas, y me invade la felicidad.

Pero como rezan los versos de Calderón de la Barca *'' la vida es sueño, y los sueños, sueños son''*. Y yo solo sueño. Sigo soñándote. Sigo mirándote. Admirando tu etérea belleza. Como un cobarde en la trinchera. Escribiendo esto febrilmente, sin saber muy bien para quién ni para qué. Mostrándome como un romántico incandescente, que se halla reuniendo algo de valor para expresar su inefable sentimiento hacia ella, o hacia ti. Espero que algún día me arme de valor y, con el corazón en un puño, pueda decirte todo cuanto he querido decirte y jamás me he atrevido. Pues no hay palabras suficientes para pintar el estado secreto del alma. Mientras tanto, yo seguiré siendo feliz mientras te miro, y tú, tú solo esperarás al bus.